

Los derroteros de la Modernidad: algunos antecedentes críticos

Juan Pablo Orellana de la Rosa¹

Resumen: ¿Qué hizo fracasar la vocación revolucionaria de la Ilustración? ¿En qué momento el derrotero de la luz empezó a generar locura? Estas son las preguntas que cimientan el siguiente trabajo. La observación crítica de Herbert Marcuse conlleva una necesaria apuesta política frente a esta sociedad *unidimensional* que parece haber borrado, de sumo, cualquier elemento que la contradiga, acabando con las oposiciones y llevando la dominación a un nuevo grado sin precedentes en la historia de la Humanidad, en donde la distinción entre existencia privada y existencia pública ya no guardarían ninguna distinción.

Palabras clave: Integración, [Democracias Totalitarias], Oposición, Modernidad, Racionalidad.

Abstract: Why did revolutionary vocation of Enlightenment failed? When did the light path started generating madness? This are some questions developed in this work. Herbert Marcuse's critic observation results in a necessary political challenge for this one-dimensional society, which seems to have erased, completely, all the elements that contradicts it. This has eliminated oppositions and has brought the domination to a new level without precedents in the History of the Humankind, where there is no difference between private and public existence.

Keywords: Integration, [totalitarian democracy], Opposition, Modernity, Rationality.

El siguiente trabajo pretende ser una reflexión en torno a esta época desbocada de violencia y dominación siguiendo la reflexión de un pensador un tanto olvidado en algunas academias. Me refiero a Herbert Marcuse, pensador adscrito al *Institut für Sozialforschung* (Instituto de Investigación Social) posteriormente conocido como Escuela de Frankfurt.²

La reflexión del pensador de la Escuela, representa para nosotros un punto de partida (y no de llegada), en cuanto él mismo reconocería que las tendencias que se proponía analizar correspondían recién, a una nueva tendencia que se dejaba entrever y que por lo tanto no se podían traducir por entero a la realidad. Así, intentaremos mostrar, en especial en lo que respecta el tema que nos convoca, el por qué deberíamos prestar una especial atención a Marcuse hoy en día, cuando su punto cumbre de influencia, como fueron las protestas estudiantiles y sociales de 1968, parecen ahora tan lejanas.

¹ Universidad de Concepción.

² En lo que sigue, se mencionará únicamente como Escuela.

Se debe señalar que uno de los aspectos que cimientan gran parte de la reflexión de la Escuela, y del mismo Marcuse, es esa especie de ajuste de cuentas con la Modernidad y los derrotados que esta ha transitado, postergando su carácter emancipador por un lado, y, contribuyendo a nuevas formas de barbarie y represión por el otro, producto del enorme progreso *técnico-científico* alcanzado por la humanidad. A su modo, la filosofía, daba la bienvenida también a esa nueva época para la humanidad que se abría gracias a la Revolución francesa:

«Esto no significa que Kant, Fichte, Schelling y Hegel ofreciesen una interpretación teórica de la Revolución francesa, sino que, en gran parte, escribieron su filosofía como respuesta al reto de Francia de reorganizar el Estado y la sociedad sobre una base racional, de modo que las instituciones sociales y políticas concordaran con la libertad y el interés del individuo».³

El problema fundamental para la Escuela, era entonces como decíamos, ver qué pasó con esa esperanza excepcional que representaba la Ilustración, hacia donde se había encaminado definitivamente el *sapere aude* kantiano y todo el desarrollo científico que prometía llevar consigo a la humanidad a un nuevo estadio de felicidad sin precedentes en la historia.

Pero sin este eminente progreso científico, Auschwitz, Hirochima, la sistematización de la tortura, no habrían podido dejar de ser más que un simple bosquejo. Mostramos a continuación uno de los tantos cometidos de la Escuela elaborado por dos de sus principales representantes como son: Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*: «Lo que nos habíamos propuesto era nada menos que comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, se hunde en un nuevo género de barbarie». ⁴ Hundida en la más oscura abyección, la Razón moderna no ha podido más que engendrar *sin-razón*, pudiéndose caracterizar la situación como una evidente paradoja de racionalidad-irracional.

No se puede hallar a la luz de la razón, justificación alguna para el atolondrado gasto del complejo militar-industrial, para el cálculo científico de la tortura y para la constante amenaza de guerras nucleares intestinas con la correspondiente posibilidad de una destrucción del mundo. «La racionalidad técnico-científica está viciada en su raíz a causa de las condiciones históricas en que ha nacido y se ha desarrollado», ⁵ afirmaría el discípulo de Heidegger a raíz de un indudable divorcio entre lo real, lo verdadero y el bien, entre la ciencia y la ética. Esta fatídica separación la podemos encontrar en una distinción lacaniana especialmente desarrollada por el filósofo esloveno Slavoj Žižek, presentada de tal manera que expresa un terrible abismo entre lo *real* y la *realidad*, espacio último donde se jugaría la verdad. Así entonces, *la realidad* se corresponde

³H. Marcuse (1994). *Razón y Revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Barcelona: Altaya, p. 9.

⁴M. Horkheimer y T. Adorno (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, p. 51.

⁵Marcuse *et al.* (1970). *Marcuse ante sus críticos*. México: Grijalbo, p. 109.

ría precisamente con la realidad social de las personas concretas implicadas en la interacción y en los procesos productivos, mientras que *lo real* correspondería a la lógica espectral, inexorable y abstracta del capital que determina lo que ocurre en la realidad social. Esto se gráfica, por ejemplo, en esas innumerables situaciones en que las encuestas gubernamentales reflejarían una economía verdaderamente sana, per se, una situación económica que se estrella abruptamente con la miseria social expuesta en innumerables detalles que día a día sufre la población. Pero el mismo Žižek sintetizaría todo esto en un punto: «La realidad no es lo que importa; lo que importa es la situación del capital».⁶

Aquí se juega para Marcuse uno de los elementos que fundan la crisis de la modernidad, sirviendo como columna vertebral de la reflexión que proponemos, pues, para el sistema hegeliano la verdad es una totalidad que tiene que estar en cada uno de los elementos, de modo que si un elemento material o hecho no logra coincidir o ser conectado con el proceso de la razón, la verdad del todo queda destruida. «Según Marx, tal elemento existía, era el *proletariado*.»⁷ La existencia del proletariado refleja la existencia de una clase social que contradice la supuesta realidad de la razón ya que su mera existencia representa la negación misma de la razón. Excluido como grupo del ejercicio del espíritu absoluto, esto es, del arte, de la filosofía, de la religión, quedaría a razón de esto, excluido de la esencia definitiva del hombre ya que su existencia no le permite tener tiempo para dedicarse a estas actividades. Es así entonces, cómo la existencia del proletariado corrompe una posible organización racional de la sociedad, puesto que:

«La existencia del trabajo testimonia “la pérdida completa del hombre” y esta pérdida es el resultado de la forma de trabajo en que se basa la sociedad civil, la sociedad es totalmente viciosa y el proletariado expresa una negatividad total: “el sufrimiento universal” y “la injusticia universal”. La realidad de la razón, del derecho y de la libertad, se convierte entonces en la realidad de la falsedad, la injusticia y la esclavitud».⁸

Queda entonces a disposición una sola verdad y que además posee el carácter destructivo de la negatividad: vale decir entonces que el proletariado es el vivo testimonio del hecho de que la verdad no ha sido aún realizada.

Consciente de la significación y potencialidades de una clase que representa la absoluta negatividad y que se prefigura a sí misma como la masa donde la contradicción se hace carne, la configuración social no podía también dejar de mudar para evitar los conflictos sociales, así:

⁶ S. Žižek (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Ediciones Paidós, p. 24.

⁷ H. Marcuse, *Razón y Revolución...*, p. 257. (Cursiva del autor)

⁸ *Ibíd.*

«Las formas de dominación han cambiado: han llegado a ser cada vez más técnicas, productivas, e inclusive benéficas; consecuentemente en las zonas más avanzadas de la sociedad industrial, la gente ha sido coordinada y reconciliada con el sistema de dominación hasta un grado imprevisto».⁹

Este antecedente es lo que conocemos como reconciliación e integración de la clase que a la luz de Marx, representaba al sujeto histórico vestido de sepulturero de la vieja sociedad, de sus métodos productivos y relaciones de clase, en la Sociedad Industrial Avanzada¹⁰ ya no operaría, puesto que: «El progreso técnico, extendido hasta ser todo un sistema de dominación y coordinación, crea formas de vida (y de poder) que parecen reconciliar las fuerzas que se oponen al sistema».¹¹ Si antes, hasta la categoría de *sociedad* representaba el agudo conflicto entre la esfera social y la política; vale decir, la sociedad como antagonista del Estado, hoy en día ya no es así, pues los grados de integración han sacudido las contradicciones, no eliminándolas, sino cubriéndolas de un velo. Así, diversas categorías como lo individuo, la clase, lo privado, la familia denotaban esferas que no estaban integradas todavía con las condiciones establecidas. Eran por tanto «esferas de tensión y contradicción».¹²

Por su parte, el elevado desarrollo técnico, reflejo de un desarrollo sin igual de las capacidades intelectuales y materiales refleja una sin igual amplitud de la dominación sobre el individuo. La contradicción capital/trabajo aunque no es eliminada, tiene un nuevo vértice que es menester analizar: la integración.

Marcuse nos propone una pregunta que instituye la explicación de la integración: «¿Dejan de ser la explotación y la dominación lo que son y lo que le hacen al hombre, por el hecho de ya no ser padecidas, al verse “compensadas” por comodidades antes desconocidas?».¹³

En lugar de representar la negación absoluta, la clase obrera ha sido vinculada

⁹ H. Marcuse (1983). *Eros y Civilización*. Madrid: SARPE, p. 9.

¹⁰ «Permítaseme dar una breve definición de lo que entiendo por sociedad opulenta. Un modelo de ella, naturalmente, es la sociedad americana actual, aunque incluso en los Estados Unidos es más que nada una tendencia todavía no traducida enteramente en realidad. En primer lugar, es una sociedad capitalista. Parece necesario que lo recordemos porque hay algunas gentes, incluso de la izquierda, que creen que la sociedad americana ya no es una sociedad clasista. Puedo asegurarles que sí lo es. Es una sociedad capitalista con una elevada concentración del poder político y económico; con un sector ampliado y que se sigue ampliando de automatización y coordinación de la producción, de la distribución y de la comunicación; con propiedad privada de los medios de producción y que sin embargo depende de manera creciente de una intervención cada vez más activa y amplia del gobierno. Es una sociedad en la cual, como he dicho, las necesidades tanto materiales como culturales de la población de base son satisfechas a una escala jamás vista, pero de acuerdo con las exigencias y los intereses del aparato y de los poderes que lo controlan. Y es una sociedad que crece a condición de acelerar el despilfarro, el desgaste planificado y la destrucción, mientras que las capas inferiores de la población continúan viviendo en la pobreza y en la miseria.» (H. Marcuse, *Ensayos sobre política y cultura*, pp. 134-135).

¹¹ H. Marcuse (2010). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel, p. 33.

¹² *Ibid.*, p. 35.

¹³ H. Marcuse (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Muñoz, p. 21.

al sistema de necesidades impuesto por la sociedad represiva que, generando ya este vínculo de dependencia, la clase revolucionaria no se encontraría en condiciones de reflejar una oposición radical frente a esta, sino que por el contrario, se encontraría acoplada a esta sociedad opulenta. Sobre esta base, que no es solo ideológica sino también material, «las clases que fueron la negación absoluta del sistema capitalista han sido integradas en gran parte del sistema».¹⁴ Bajo la mirada atenta de Marcuse entonces, podemos reafirmar la denuncia al progreso técnico como un nuevo sistema de dominio y de explotación, en el cual la riqueza, la concentración del poder político, militar y cultural, ha llegado a conseguir que la misma negación adquiera un carácter afirmativo. El logro mayor alcanzado es, sin duda, que todo este complejo entramado, suceda sin la aparente necesidad del terror, en el ámbito de la democracia, bajo la forma de un pluralismo democrático, aunque en su esencia esto corresponda con una organización terrorista de la sociedad que inhibe la posibilidad de una oposición efectiva, en donde «Las modificaciones en la estructura del capitalismo alternan las bases para el desarrollo y la organización de fuerzas potencialmente revolucionarias».¹⁵ Es preciso aclarar que desde luego encontramos una oposición e incluso discusión y esta puede llegar a ser libre, pero todo aparece como inmanente al sistema. Cualquier oposición efectiva será rápidamente absorbida e incorporada –*integrada*– a la correspondiente estructura existente aportando y confiriendo incluso un nuevo valor al sistema en forma apoteósica. Marcuse, en su obra cumbre, definiría este triunfo señalando que: «Esta contención de cambio social es quizá el logro más singular de la sociedad industrial avanzada».¹⁶ La racionalidad represiva corresponde entonces a ese influjo que se ha llevado a cabo en este tipo de sociedades y que a su vez se vuelve sustancialmente regresiva, pues se ha vuelto «racional solo en su eficacia para “contener” la liberación».¹⁷ Entonces vemos que la generación de necesidades y satisfacciones es condición fundamental para mantener la actual estructura clasista reproduciendo una servidumbre “voluntaria”, voluntaria eso sí, en cuanto introyectada en los individuos.

Así podemos ver que los cambios sufridos en la clase en relación a los grados de integración al sistema alteran no el potencial, sino el real papel político del sector obrero, en donde el rompimiento histórico ya no tiene cabida, pues la capacidad de contención de la sociedad industrial ha establecido límites de apariencia infranqueable para una oposición realmente efectiva, en donde la tesis de Marx, que preveía la transición al socialismo en los países industrialmente avanzados no lo hacía solo porque la madurez de las fuerzas productivas fuera esencial, sino que también jugaba un papel preponderante el uso altamente irracional de las mismas, que precipitaba la voluntad indeclinable de abolirlas, pero es precisamente en estos países más avanzados en donde «estas contradicciones internas han sido objeto de una creciente organización, cada vez

¹⁴ Marcuse et al., *Marcuse ante sus críticos*, p. 44.

¹⁵ H. Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, p. 57.

¹⁶ H. Marcuse, *El hombre unidimensional...*, p. 34.

¹⁷ H. Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, p. 36-37.

más eficaz».¹⁸ Es decir que, si han de alcanzarse los límites fronterizos de la contención, además con la intención de sobrepasarlos, el sistema establecido quizá inicie un nuevo orden totalitario.

Presento aquí un punto indeclinable para salvaguardar la universalidad del marxismo, por lo menos en este punto: siguiendo la teología cristiana, podemos afirmar con algún grado de sentido que para que Jesús cumpliera la voluntad divina de su padre celestial, necesitó de la traición de Judas. Este hecho entonces más que criminal, representa la posibilidad para que el cristianismo lograra alcanzar su universalidad. Así entonces, Marx necesitó de la “traición” de Lenin para poner en marcha la primera revolución marxista.

Es una necesidad interna de la doctrina “original” admitir y sobrevivir a esta “traición”, sobrevivir a este violento acto por el que uno se ve arrancado de su contexto original y arrojado a un paisaje extraño donde tiene que reinventarse a sí mismo: «solo así nace la universalidad».¹⁹

Volviendo a lo que nos reclama, podemos trazar una línea que atraviesa todo el pensamiento de Herbert Marcuse, en cuanto encontramos desde sus primeros estudios publicados como fue *Eros y Civilización*, hasta su obra de mayor influencia como es *El Hombre Unidimensional*, un antecedente común representado por lo que configura la integración de la contradicción, hasta la contención de los cambios en el sistema social, tanto en la esfera psíquica que ya no guardaría distinción con la esfera política, pues la psique privada, individual, llegaría a ser el receptáculo más o menos voluntario de las aspiraciones, sentimientos, impulsos y satisfacciones socialmente deseables y necesarios, borrando esa distinción que mencionábamos anteriormente entre la existencia pública y privada que a su vez también constituía una oposición y que ahora tiene sino un carácter falso por lo menos, de una aparente neutralidad, en tanto y en cuanto las crecientes necesidades políticas de la sociedad se convierten en las mencionadas necesidades y aspiraciones individuales y su satisfacción promueve los negocios (situación del capital) y el bienestar general, presentando este marco constitutivo como la auténtica personificación de la Razón.

Así, el pensador de la Escuela nos dice que:

«En esta sociedad, el aparato productivo tiende a hacerse totalitario en la medida en que determina, no solo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales. De este modo borra la Oposición entre la existencia privada y pública, entre las necesidades individuales y sociales».²⁰

La abrumadora eficacia no tiene necesidad alguna de recurrir entonces a la vio-

¹⁸ H. Marcuse, *Razón y Revolución...*, p. 410.

¹⁹ S. Žižek y Mao T-T. (2010). *Slavoj Žižek presenta a Mao. Sobre la práctica y la contradicción*. Madrid: Akal, p. 6. (Cursiva del autor)

²⁰ H. Marcuse, *El hombre unidimensional...*, p. 36.

lencia, más bien podemos señalar que: «Nuestra sociedad se caracteriza antes por la conquista de las fuerzas sociales centrífugas por la tecnología que por el terror, sobre la doble base de una abrumadora eficacia y un nivel de vida cada vez más alto».²¹ Cumpliendo el viejo anhelo de lograr una contención más o menos completa frente a cualquier intento de cambio social que promueva la generación de nuevas instituciones, que reoriente el aparato productivo, convirtiéndose esta falaz forma democrática, en un evidente caso de totalitarismo que ha logrado una aparente perfecta forma de comunión social que ha socavado los viejos antagonismos de clase mediante la producción en masa de bienes y la también aparente democratización en su repartición.

Todo esto encuentra su culminación con lo que Herbert Marcuse denomina en su introducción a *El Hombre Unidimensional*: una sociedad sin oposición, en donde se intenta desvelar el paradigma de la democracia que impera incluso hasta nuestros días; así, Marcuse nos dice que: «si democracia significa autogobierno del pueblo libre, con justicia para todos, la realización de la democracia presupondría entonces la abolición de la pseudodemocracia existente».²² Al hablar Marcuse de una pseudodemocracia existente nos provoca a seguir su reflexión concienzudamente, puesto que, mal que mal, la democracia –el estado de derecho liberal– es defendida desde las izquierdas, pasando por el centro hasta la derecha. Entonces es preciso realizar un reexamen a fondo de la democracia –la democracia burguesa– y su papel en el tránsito de la historia. Según el discípulo de Heidegger, la teoría marxista –nos recuerda– evalúa positivamente esta forma de democracia, en tanto y en cuanto permite de mejor manera el disenso y la discrepancia, favoreciendo a su vez el desarrollo y la organización de la misma. Reconoce este punto la reflexión del frankfurtiano, pero no se limita a ella, puesto que: «La democracia de masas desarrollada por el capitalismo monopolista ha configurado los derechos y libertades que otorga de acuerdo con su imagen y su interés peculiares».²³ Visto desde aquí, no hay posibilidades de una oposición real, pues es el mismo proceso de apariencia democrática el que actúa inevitablemente contra el cambio radical puesto que produce y sostiene a una mayoría popular cuya opinión es originada por los intereses dominantes. Así:

«En virtud de este intrínseco estabilizador o “regulador”, la democracia capitalista de masas es quizás, en un grado más alto que cualquier otra forma de gobierno o de sociedad, un sistema que se perpetúa a sí mismo; y mientras más ocurre así, más se afirma, ya no sobre la miseria y el terror, sino sobre la eficacia y la salud, y sobre la voluntad mayoritaria de la población subyacente y administrada».²⁴

²¹ *Ibid.*, p 32.

²² H. Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, p 70.

²³ *Ibid.*, p 68.

²⁴ *Ibid.*, p 70.

La situación representa el absurdo de la época: la democracia establecida es garante de sí misma, deparando la única estructura legítima para el cambio y debe por tanto ser defendida, esta es una de las máximas políticas de la época, pero, a su vez, «la preservación de la democracia establecida preserva el *statu quo* y la contención del cambio».²⁵ La clave del absurdo se encuentra en que una lucha por la democracia tiende a asumir, por su empeño, precisamente, formas antidemocráticas. Una oposición dirigida no a parcialidades, sino que intenta atacar un sistema social dado como totalidad, no puede conservar su condición de lícito y legal, porque a lo que se opone, es precisamente a esa legalidad establecida y a la ley establecida. Marcuse, especialmente en sus escritos tardíos, no entrará en ambigüedades al respecto, afirmando que: «la lucha por cambios que trasciendan el sistema se convierte, debido a su propia dinámica, en antidemocrática en los términos del sistema, y su contraviolencia resulta, desde el comienzo, inherente a esta dinámica».²⁶

Posiblemente, la acción radical lleve la impronta del fracaso, pero esto no debe desanimarnos nos intenta decir el autor de *Razón y Revolución*, pues al parecer estamos en un momento histórico bajo el cual hay que intentarlo, incluso aunque sea evidente la derrota, puesto que la violencia (o contraviolencia) desatada en las calles por algún grupo en lucha, aunque posiblemente lleve a un estado superior de represión, también hay que agregar como corolario que sin las barricadas, sin los escaparates destruidos, los poderes gobernantes estarían más tranquilos y serían más fuertes.

Todo este lenguaje del contrasentido lo grafica nuestro autor, gracias a una anécdota que apareció en un reportaje del New York Times fechado según el autor el día 5 de septiembre de 1967.²⁷ El reportaje muestra a un juez de nombre Christ Seraphim sentado en el porche de su casa, cuando de pronto aparece una manifestación de aproximadamente mil personas en pro de los derechos civiles. Indignado el juez afirma: creo que están perturbando la paz. Los manifestantes le impedían gozar de la paz y de la tranquilidad de su costosa casa. Pronto los manifestantes se alejaron. El juez pudo entonces continuar su lectura: *Historia de los judíos* de Abram Leon Sacher. De pronto los manifestantes vuelven a irrumpir en la calle. Esta gente, dijo el juez Seraphim, refiriéndose al libro, fue cocida en hornos y aun así no hicieron muchas manifestaciones. Son la gente más respetuosa de la ley en todo el mundo.

El epítome de la ley y el orden; los hombres son respetuosos de la ley si van a los hornos y se dejan asar sin “muchas manifestaciones”, mientras que lo que marchan para protestar y prevenir una posible repetición de los campos de concentración están perturbando la paz.

Aparecida entonces la acción radical desde la ilegalidad, la legalidad de las democracias existentes parece que no tiene otro sustento además del que nos señala Marcuse: «Parece ser que el funcionamiento continuado de la sociedad es suficiente

²⁵ *Ibid.*, p. 72. (Cursiva del autor)

²⁶ *Ibid.*, p. 73.

²⁷ Para más información, véase la nota 4 al pie de página de *Un ensayo sobre la liberación. Op. cit.*, p. 76.

justificación para su legalidad y sus pretensiones de autoridad». ²⁸ La vía del cambio entonces no la podemos hallar –por el momento– allí donde mora su sepulturera, esta es, la acción democrática organizada por esta estructura ya que su grado de descrédito y contaminación impediría extraer de sí, elemento alguno que no esté corrompido. «En estas circunstancias, trabajar por el mejoramiento de la democracia existente se equipara fácilmente a prolongar de manera indefinida el arribo a la meta de establecer una sociedad libre.» ²⁹ Así vemos cómo la acción callejera puede tomar un realce político, convirtiendo el territorio en un espacio constituyente fundamental para el desarrollo de la negatividad, del disenso y la oposición.

El territorio es, o mejor dicho, ha empezado a ser, uno de los principales puntos en disputa tras la caída del muro de Berlín, tomando evidentemente este hecho representativo para figurar el fracaso de los socialismos reales. La globalización entonces es preciso entenderla como una nueva guerra de expansión territorial en donde los países hegemónicos del orbe se han disputado los espacios heredados tras el desplome del campo socialista. Esto conllevó a una nueva redefinición de los Estados Nacionales, sobrepasándola, de manera que la historia puede ser fácilmente retrotraída a las viejas historias de la conquista de América, por ejemplo. En el mundo de la posguerra fría vastos territorios esperaban por sus nuevos dueños junto a una enorme fuerza de trabajo calificado.

En una guerra siempre hay bajas, y obviamente esta no podía ser la excepción. En una guerra iniciada por potencias imperialistas y luego redefinida por las estrategias del mercado mundial, atizonada nuevamente por el desarrollo técnico-tecnológico de la informática, la primera víctima –o una de las primeras, por lo menos– ha sido el mercado nacional. Si en el Estado capitalista moderno, uno de sus pilares fundamentales para la sustentación de su poder era el mercado nacional, este ha sido liquidado ahora por la nueva economía financiera global.

La nueva característica del capitalismo internacional es precisamente, en un primer orden, dejar caducos los capitalismo nacionales y adelgazar hasta la inanición los poderes públicos. La nueva situación de guerra ha sido tan radical que ha dejado imposibilitado a los Estados nacionales de responder a la agresión de los mercados transnacionales que vulneran los intereses de habitantes y gobiernos.

Las bombas financieras poseen el carácter racional irracional que habíamos definido con anterioridad. Las bombas financieras destruyen “selectivamente”, como ya vimos, a los mercados nacionales, pero además de destruir posee la capacidad altamente efectiva de reordenar y reorganizar lo que ha atacado. Sobran más apreciaciones sobre la eficacia como uno de los elementos preponderantes que tiene para lograr sus cometidos el sistema en nuestras sociedades, pues ya hemos consignado, con anterioridad, algunas referencias que nos proponía el discípulo de Heidegger.

²⁸ *Ibid.*, p. 71.

²⁹ *Ibid.*, pp. 67-68.

Este nuevo tipo de “arma” ataca entonces destruyendo las bases materiales de su soberanía nacional (obstáculo ético, jurídico, político, cultural e histórico contra la globalización económica) y produciendo un despoblamiento territorial en función de prescindir de todos aquellos que sean considerados inútiles para la nueva economía de mercado, por ejemplo los indígenas, los habitantes de los ghettos urbanos, etc. Y aunque esta forma de configuración que da la apariencia de un universo kafkiano suene extremadamente raro, no es tan así. Tenemos el caso de la espiritualidad judía por ejemplo, convertida por Hitler en la enfermedad nacional a combatir. El judío, como tal, es culpable de serlo. El judío alemán de la época del ascenso del nacionalsocialismo, de un día para otro descubre su culpabilidad, es mirado como enemigo, acorralado, acosado permanentemente. Es este el trazo que podemos asimilar junto a Kafka en su *Metamorfosis*, cuando Gregor Samsa, el protagonista, se despierta una mañana convertido en un insecto (que la hermosa obra nunca define muy bien cuál es precisamente) y esta es, a su vez, la horrible similitud que podemos configurar con la atmósfera que cambiaba radicalmente en la Alemania de los años 30.

Este nuevo ordenamiento impone la disputa del espacio físico. Según la OIT,³⁰ la población indígena mundial, cercana a las 300 millones de personas, viven en zonas que cuentan con el 60% de los recursos naturales. Intentando multiplicar la productividad ya sea agrícola o de otra índole, los mercados financieros consiguen romper las relaciones sociales y económicas tradicionales trayendo como consecuencia directa la emigración campo-ciudad, configurando en las últimas, nuevas formas de ghettos. Según Marcuse: «localizados en las ciudades medulares del país, los ghettos forman centros geográficos naturales desde los cuales la lucha puede ser dirigida contra objetivos de vital importancia económica y política».³¹ Y continúa: «en este respecto, los ghettos pueden compararse con los *faubourgs* de París en el siglo XVIII, y su ubicación favorece levantamientos expansivos “contagiosos”».³²

Al parecer del frankfurtiano, «Es muy probable que los habitantes de los ghettos se conviertan en el primer sustento masivo de la revuelta (aunque no de una revolución)».³³

¿Cómo vamos a justificar esta salvedad que nos exhibe Marcuse?

Es preciso aquí plantearse desde el tratamiento que hace Žižek en torno a la violencia divina de Walter Benjamin, en su obra *En defensa de causas perdidas*³⁴ sintetizada así: «Cuando quienes están al margen del campo social estructurado golpean “a ciegas”, exigiendo y poniendo en práctica una venganza/justicia inmediata, estamos ante la “violencia divina”». El mismo esloveno nos plantea a continuación un recordado caso debido al pánico desatado cuando una muchedumbre de Río de Janeiro bajó de

³⁰ Entrevista de Martha García en “La Jornada”. 28 de mayo de 1997.

³¹ H. Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, pp. 61-62.

³² *Ibid.*, p. 62.

³³ *Ibid.*, p. 8.

³⁴ S. Žižek (2011). *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Akal.

las favelas a la parte acomodada de la ciudad y empezó a saquear y quemar supermercados. Es decir, tal acto prefigurado como violencia divina, aparece de la nada, justificado como venganza/justicia, pero es también –y aquí está la imposibilidad revolucionaria– un medio sin un fin, o mejor dicho, un medio que se ha vuelto un fin en sí mismo.

Robespierre refrenda lo señalado en un discurso pidiendo la ejecución de Luis XVI:

«Los pueblos no juzgan como los tribunales; no dictan sentencias, sino que lanzan rayos; no condenan a reyes, sino que los envían al vacío; y esta justicia es tan valiosa como la de los tribunales».³⁵

Llevada a sus límites, precisamente allí donde no llega la capacidad de consumo o su diferencia es vasta todavía, donde la cultura capitalista tiene sus problemas de penetrar, las formas de democracia totalitaria enfrentan sus problemas, pues exponen al desnudo sus fisuras, dejando abierta una esperanza para las insurrecciones, pues, «el deslumbrante contraste entre las clases privilegiadas y las explotadas lleva a una radicalización de los no privilegiados. Este es el caso de los pobladores de los ghettos».³⁶

Así, a modo de síntesis podemos decir que, aunque la contradicción fundamental capital/trabajo guarde una actualidad y vigencia extraordinaria, es necesario ver dentro de ella, un aspecto que aparece como suceso histórico en estas nuevas formas de sociedades y que corresponde con la contradicción *modernidad versus marginalidad*. Esta fija la relación en torno con la uniformidad que supone el desarrollo del mercado internacional en términos sociales y culturales y que al mismo tiempo produce la marginalización y exclusión de gran parte de la humanidad que no cuenta con la tecnología, o por lo menos con la tecnología apropiada, para competir en el mercado mundial.

«Como nunca antes en la historia universal la imposición sin contrapeso de un proyecto uniformizante y globalizante amenaza con tanta violencia la existencia misma de la vida sobre el planeta.»³⁷ Pero podemos afirmar como el mismísimo Heidegger lo hiciera al rescatar las palabras de Hölderlin: «allí donde crece el peligro, crece también lo que salva».³⁸

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Horkheimer, M. y Adorno, T. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos*. Traducido por J. J. Sánchez. Madrid: Trotta.

³⁵ Robespierre, *Virtud y Terror*, p. 59. Citado en: Žižek, *En defensa de causas perdidas*. *Op. cit.*

³⁶ H. Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, p. 23.

³⁷ Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Manifiesto de los pobres: <http://chilemir.tripod.com/crisis.html>

³⁸ F. Towarnicki y J. Parnier (1969). Conversaciones con Heidegger. *L'Express*, 954, 20-26; octubre. Traducido por J. Díaz Báez (1981). Revista *Palos de la Crítica*, 4, 1/2; abril-septiembre (México).

- Marcuse, H. (2010). *El hombre Unidimensional. Ensayos sobre la sociedad Industrial Avanzada*. Traducido por A. Elorza. Barcelona: Ariel.
- (1994). *Razón y Revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Traducido por J. Fombona de Sucre y Francisco Rubio Llorente. Barcelona: Altaya.
- (1983). *Eros y Civilización*. Traducido por J. García Ponce. Madrid: SARPE.
- (1970). *Ensayos sobre política y cultura*. Traducido por J. R. Capella. Barcelona: Ariel.
- (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Muñoz.
- Marcuse, et al. (1970). *Marcuse ante sus Críticos*. Traducido por A. Sánchez Vásquez. México: Grijalbo.
- Žižek, S. (2011) *En defensa de causas perdidas*. Traducido por F. López. Madrid: Akal.
- (2009) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.
- Žižek, S. y Mao T-T. (2010). *Slavoj Žižek presenta a Mao. Sobre la práctica y la contradicción*. Madrid: Akal.

LINKOGRAFÍA

<http://chilemir.tripod.com/crisis.html>